

NECESIDAD DE HABLAR DE DIOS

“Una hoja de álamo es suficiente para robarnos la vista del sol; basta una diminuta preocupación terrena para ocultarnos al Dios inmenso y esplendoroso”. Estas palabras de J. Rous nos muestran la necesidad de hablar de Dios a tiempo y a destiempo para que su imagen grandioso, al menos por el oído, llegue a nosotros.

El cardenal **Jean Danielou**, en su libro *El futuro de la religión*, nos anima a hablar de Dios: *“Por una parte, fuera de la Iglesia, nos encontramos en la época del ateísmo. Por primera vez en la historia de la humanidad, inmensas masas humanas se organizan en un universo del que está ausente Dios. Y las corrientes intelectuales más vivas de nuestra época están animadas por hombres que rechazan a Dios. Pero esta crisis del sentido de Dios existe también dentro de la misma Iglesia. Quiero decir que, para ciertos cristianos de hoy, el cristianismo es la expresión de una comunicación fraterna - y desde luego lo es también- más que un camino para descubrir al Dios vivo y para glorificarlo. Es extraño que ciertos movimientos actuales hagan ostentación de un "cristianismo no religioso". Esto debe hacernos meditar sobre esta crisis del sentido de Dios, crisis de adoración, en la Iglesia misma y, por consiguiente, en nuestra vida.*

La humanidad está amenazada en su cuerpo, y es el problema de la paz -los medios de destrucción de que se dispone pueden aniquilar toda vida sobre la tierra-. Pero la humanidad está amenazada también en su alma; esta vida del espíritu, que es el conocimiento y el amor de Dios, está profundamente en peligro. Y esta amenaza de muerte espiritual, que constituiría una disminución o una desaparición del sentido de Dios, es no menos grave que la destrucción física de la humanidad. Volver a poner a Dios en su sitio, en nuestra vida y en nuestra sociedad, es una necesidad actual y particularmente urgente. Hay a nuestro alrededor, en el mundo en que estamos, una especie de silencio que se hace en torno a Dios. Tenemos el deber de romper este silencio. Un gran teólogo de los primeros siglos cristianos decía: "Siempre es difícil hablar de Dios". Y es verdad que, cuando se trata de hablar de lo que es la maravilla por excelencia, nos damos cuenta clara de que nuestras pobres palabras son trágicamente deficientes. Sin embargo, es deber del cristiano, y más especialmente del sacerdote, hablar de Dios.

Dios es lo que es soberanamente real. Él es la Fuente, el Fondo, el Abismo de la realidad. Pues bien, de hecho, si miramos el mundo que nos rodea y si nos miramos a nosotros mismos, vemos cuán desconocida es esta realidad. El pecado capital del mundo es esta subversión radical de los valores: los hombres están preocupados sobre todo por lo que les afecta, por sus placeres, por sus ambiciones, por sus intereses, y se muestran indiferentes a lo que es la realidad suprema, a lo que hay de más grande en el orden de los valores, a saber, al misterio de Dios. Esta actitud parece de tal manera inscrita en la masa de la humanidad que uno termina por tener la impresión de que Dios es un poco irreal y que la verdadera realidad consiste en los intereses y en los problemas cotidianos de nuestra existencia material.

Se trata, en primer lugar, de una carencia de juicio fundamental, de una falta de inteligencia. Ser inteligente no es, como muchos hombres de nuestro tiempo creen, tener facultades intelectuales particularmente desarrolladas. Ser inteligente es conocer la realidad como es. (...) Hay mucha más inteligencia, en el verdadero sentido de la palabra, en una pobre mujer sin gran cultura que, en el fondo de una iglesia, reza su rosario y pide por los suyos, que en intelectuales que niegan a Dios, aunque por otra parte sean brillantes”.